

## TRES GUIONES DE RADIO Y UNA CARETA

**E**STO es una muestra tan sólo de una singular faena que se llama la radio, que el escritor suele mirar con bastante desvío. El escritor no se ha percatado realmente de que la radio es un mundo donde él tiene mucho que hacer, claro está que ajustándose a una nueva sintaxis.

Hoy por hoy la radio sigue siendo la cenicienta en lo que se refiere a la participación del escritor, que no se decide a contar con este medio de expresión, a contar realmente qué es lo que la radio necesita. El serial como obra tiene, sin duda, una eficacia cuya retentiva puede ser realmente obra de escritores, pero que no lo es. Se puede ironizar todo lo que se quiera, pero la narración, el relato radiofónico no se ha atendido con verdadero sentido. Si ha dominado el folletín, pensemos que no se ha hecho nada por realizar otra cosa.

En términos de radio, la careta es como el anuncio de lo que se va a oír. Es un aviso que refiere lo que el espacio va a contar. He tomado tres diálogos a los que he extirpado controles y advertencias sonoras. Vienen ahora, tras esta careta premonitoria. Se refieren a Drácula, a Janet, la esposa de Tarzán de los monos, y al capitán Lemuel Gulliver. Se trata de recreaciones de personajes con popularidad. Pertenecen a una esquina de la radio, quizá no muy brillante, pero que puede tener interés repasar.



## DIALOGO CON EL CONDE DRACULA

PERIODISTA.—*Por favor, señor conde...*

DRACULA.—¿Quién es usted?

PERIODISTA.—*Represento una cadena de información de Boston.*

DRACULA.—¿Dónde está eso?

PERIODISTA.—*En mi país.*

DRACULA.—No me interesa. La publicidad me da asco.

PERIODISTA.—*Las gentes de mi nación tienen un gran interés por usted. Dicen que es usted el adelantado de las transfusiones de sangre. ¿Cómo se le ocurrió?*

DRACULA.—Bueno. No se me ocurrió a mí. Es una vieja tradición de los Cárpatos. La familia Drácula amó siempre la sangre.

PERIODISTA.—¿*La de los otros, claro?*

DRACULA.—Somos los *no muertos*, amiga mía.

PERIODISTA.—*Lo sé. ¿No debe ser una situación cómoda?*

DRACULA.—Es un verdadero lío. No puede usted figurarse.

PERIODISTA.—¿*Cómo se transforma usted en murciélago?*

DRACULA.—Eso es lo que más me irrita. Pero es una tradición. Lo importante en la vida son las tradiciones. Las modas pasan muy pronto.

PERIODISTA.—*Hay algo que me preocupa en usted. ¿Cómo puede aguantar el ir siempre vestido de etiqueta?*

DRACULA.—Verá...

PERIODISTA.—¿*No es una tradición más?*

DRACULA.—La verdad es que no. Es una cuestión de sastrería. Mi fortuna se ha reducido mucho, y además solamente puedo salir de noche. No me entero de nada.

PERIODISTA.—¿*No ha pensado en una chaqueta deportiva, en un cheviot, algo alegre?*

DRACULA.—Sí. Pero el sastre me explota. Solamente puedo verle por la noche, y me vende siempre los saldos que tiene. Me hace unos trajes horribles, llenos de arrugas, con entretelas usadas y viejos forros pasados que se rompen rápidamente.



PERIODISTA.—*Parece usted cansado, conde.*

DRACULA.—Son las sangres de hoy. Las mujeres están mal alimentadas, el régimen las apura. Los análisis de sangre dan un porcentaje mínimo de glóbulos rojos. Es el leucocito quien manda. Debe ser el cinema.

PERIODISTA.—*Pero, ¿yo le he visto en el cine?*

DRACULA.—No era yo. Hubiese sido un deshonor para los Drácula. El cine en color es falso. La sangre parece jugo de tomate. ¡Qué asco!

PERIODISTA.—*¿Es cierto que ustedes mueren con una estaca de madera clavada en el corazón?*

DRACULA.—Eso es un infundio. No pasa de ser una teoría de la Universidad de Winteraich. Es el sentido pánico del bosque. Es una tesis doctoral con premio extraordinario, pero nada más.

PERIODISTA.—*¿Puedo creerle?*

DRACULA.—Nosotros no morimos nunca. Pero tampoco vivimos. Somos los *no muertos*. No podemos trabajar en una oficina, donde tantos nobles señores han decidido escribir a máquina. Pero hay algo peor, las cosas mueren a nuestro alrededor. Mi castillo se ha ido desplomando, quedándose en la pura ruina. Pero yo no sigo viviendo, no, sigo *no muerto*. ¿Sabe usted que lo importante no es morirse uno, sino que mueran aquellos que nos importan, por quienes vivimos?

PERIODISTA.—*¿No será usted un sentimental, conde?*

DRACULA.—Sí. Yo soy un personaje inmoral. Todo sentimentalismo es inmoral.

PERIODISTA.—*No, señor conde. Usted es un hombre que piensa constantemente en la responsabilidad. Está a punto de ser una persona decente.*

DRACULA.—Una persona decente es siempre peligrosa.

PERIODISTA.—*¿Usted cree?*

DRACULA.—Sí. La decencia es negativa, es no hacer algo. Las personas indecentes pueden continuar, o pueden arrepentirse. En el primer caso es una continuación. En el segundo caso hay una ruptura, una sorpresa.

PERIODISTA.—*No le entiendo bien, conde.*



DRACULA.—Verá: el día es estúpido. Está repleto de oficinas, de instancias, de letras de cambio. La noche es una fortaleza. Duermen los delegados de Hacienda, las muchachas, los ejércitos, los fontaneros, los policías, los cobradores de recibos, los electricistas. Los Bancos no funcionan. Solamente los taxis esperan alerta.

PERIODISTA.—*Pero mucha gente se acuesta tarde.*

DRACULA.—No importa. Un rostro de mujer en la noche está más vivo y más bello que en la mañana. Ese imbécil del sol lo destroza todo. El amanecer es una estupidez.

PERIODISTA.—*¿Y si yo le dijera que me da usted lástima?*

DRACULA.—Lo aceptaría. ¡Es un sentimiento tan femenino! Pienso que es triste, de verdad, ser Drácula. Un murciélago que llega a una ventana y se transforma en un hombre vestido de etiqueta. Nunca me ha gustado la etiqueta, ese aparato de solemnidad. Soy alguien que no cuenta con la moda, algo tan vivo como la moda.

PERIODISTA.—*¿No querrá usted darme lástima?*

DRACULA.—No, nada de eso. Usted no sabe lo que es esto de *no morir*. Tener que transformarme en murciélago, meterme dentro de él. No es fácil, y termino hecho polvo.

PERIODISTA.—*Tengo que irme. Le he traído, en un tubo de ensayo, un poco de mi sangre. ¿Le parece mal?*

DRACULA.—Todo lo contrario. Es como un cigarrillo. Estoy envejeciendo. Muchas gracias, de verdad. Muchas gracias.

## DIALOGO CON JANET

PERIODISTA.—*Vengo de muy lejos, señora. Mi periódico tiene millones de lectores, y en un concurso se ha decidido por parte de ellos que hemos de interesarnos por su esposo. ¿Qué se ha hecho de Tarzán?*

JANET.—Es muy sencillo, ha envejecido.

PERIODISTA.—*Pero no importa. Será siempre el hombre mono, el gran Tarzán de la selva.*

JANET.—*¿Sabe usted, señorita, que las musas engordan? Es triste, pero no puede olvidarse que ocurre. Tarzán ha engordado, y tiene un fuerte ataque de reuma en estos momentos.*



PERIODISTA.—*Creo que no me ha comprendido.*

JANET.—Sí. La he comprendido. Pero hace mucho tiempo que Tarzán no ha podido saltar de árbol en árbol. ¿Recuerda usted aquel famoso grito de victoria, de irritación, de llamada? Cuando lo ha intentado resultaba cómico. Los animales no quieren nada con él. ¿Sabe por qué? El tiempo, amiga mía, Tarzán es un anciano.

PERIODISTA.—*¿Y no pensó en rejuvenecerle?*

JANET.—Una vez. Fue ridículo. Un discípulo del doctor Voronof trató de hacerle un injerto de glándulas de mono. ¿Se da usted cuenta? Glándulas de mono para el Rey de la Selva, para Tarzán de los Monos.

PERIODISTA.—*¿Qué ruido es ese?*

JANET.—Son los animales de la selva, que muchos días se reúnen para preguntarse por Tarzán. Es triste, porque Tarzán entiende lo que dicen, y me lo cuenta con una gran melancolía, sin desesperación aún. En ese momento el reuma le hace padecer más.

PERIODISTA.—*¿Está usted triste?*

JANET.—¿Qué remedio me queda! Pienso que dentro de unos días volveremos a Europa. Yo le tengo gran cariño a Africa: no puedo olvidar que conocí aquí a mi marido.

PERIODISTA.—*¿Cómo fue ponerse enfermo?*

JANET.—Usted ya sabe lo que son estas cosas. La fama obliga a mucho. Existe también la vanidad, pero puesta al servicio del nombre obtenido. Yo siempre le estaba repitiendo lo mismo: Por favor, abrígate, Tarzán. No había forma. Se creía siempre en la plenitud de sus facultades, y que podía seguir llevando su escaso trozo de piel de tigre o de león, no recuerdo bien qué animal era. Se enfrió. No hizo caso, y empeoró.

PERIODISTA.—*¿No sería posible hablar con él, fotografiarlo? Mi periódico es muy importante.*

JANET.—No es posible, por muy importante que sea su periódico.

PERIODISTA.—*¿No ha pensado que millones de mujeres quedarán defraudadas?*

JANET.—También yo he sido defraudada.

PERIODISTA.—*¿Usted?*

JANET.—Sí. ¡Era tan fuerte!



PERIODISTA.—*Un momento, señora. ¿Es que Tarzán ha muerto?*

JANET.—*¿Cómo lo adivinó?*

PERIODISTA.—*No sé. Algo me decía que estaba usted sola. ¿Por qué?*

JANET.—*¿No se da cuenta? Era necesario sostener que estaba vivo. Si los animales se enteraran cundiría el desorden por la selva. Había logrado implantar su autoridad, y dominaba toda la vida de esta parte de Africa*

PERIODISTA.—*¿Cuándo murió?*

JANET.—*Hace quince años.*

PERIODISTA.—*Quince años en que usted ha estado sola aquí.*

JANET.—*En cualquier parte hubiese estado sola.*

PERIODISTA.—*¿Cómo ha podido?*

JANET.—*No era posible dejarle muerto en este rincón del mundo, irme a mi país tranquilamente deshaciendo uno de los mitos más bellos que existen: el hombre dominador de la naturaleza. Tenía que hacerle sobrevivir, aunque ya no pudiera mostrarse. Había que convertirlo en algo secreto. Cuando un hombre ha venido a verle, yo he repetido siempre lo mismo: Está en el interior del país, en la zona de los grandes monos.*

PERIODISTA.—*Y el visitante se marchaba.*

JANET.—*El final era ese. Yo no sabía la fecha en que pudiera volver. Aunque, eso sí, sabía que no iba a regresar nunca.*

PERIODISTA.—*¿Cómo fue?*

JANET.—*Había envejecido, un enfriamiento agudo le había debilitado mucho. Tarzán no pudo saltar el espacio que le separaba entre un árbol y otro. Tuvo un golpe de tos, y se estrelló contra el suelo.*

PERIODISTA.—*Lo siento, señora.*

JANET.—*Le enterré como pude, ocultándome de los animales de la selva, que aún esperan su vuelta, y verle aparecer en lo alto de un árbol, con su famoso grito de llamada.*

PERIODISTA.—*Estoy consternada. No sé qué decir. Lo verdad es que no me esperaba esto.*

JANET.—*¿Qué hará?*

PERIODISTA.—*Escribiré algo así: "He vivido una semana junto a*



*un extraordinario personaje que todos conocemos. Se trata de Tazán de los monos. Le he visto saltar de un árbol a otro, como si tuviese alas. Le he visto en la selva, cerca de los grandes monos y las pequeñas tribus, y regresar junto a la bella Janet, a su casa arbórea de la selva". ¿Le parece bien, señora?*

JANET.—Se lo agradezco mucho.

## DIALOGO CON EL CAPITAN GULLIVER

SARA GULLIVER.—*Escucha, capitán...*

GULLIVER.—Dime, mujer.

SARA.—*Te veo raro.*

GULLIVER.—Bueno, quizá es que soy raro.

SARA.—*No digas eso.*

GULLIVER.—Esa es la verdad. Pero además es que he tardado mucho en volver.

SARA.—*¡Te he esperado tantos años!*

GULLIVER.—Sí. Pero esperar es fácil, lo grave es volver.

SARA.—*Siempre has preferido que lo difícil sea lo tuyo.*

GULLIVER.—Es que he pasado una gran parte de mi vida dentro de lo insólito, de lo sorprendente: el país de los caballos, el país de los gigantes, el país de los enanos.

SARA.—*Yo he pasado gran parte de mi vida en un país mucho más insólito: en el país de esperarte.*

GULLIVER.—No podrás darte cuenta nunca, Sara, de lo que supone ser un gigante en el país de los enanos, y un enano en el país de los gigantes. Y, por si faltaba algo, el país de los caballos servidos por hombres, los caballos cabalgando en quienes pudieran haber sido sus jinetes. Tendrás que perdonarme muchas cosas, muchas equivocaciones. No es grato vivir siempre al revés, ser siempre lo contrario.

SARA.—*No te preocupes, no volveras a irte, si es que yo puedo impedirlo.*



GULLIVER.—Eso es lo peor, que no puedes. No puedes, ¿y sabes por qué? Porque cuando se han recorrido todos esos países, tengo necesidad del monstruo, de ser un monstruo.

SARA.—*No digas eso.*

GULLIVER.—Sí, lo digo. Lo digo porque es cierto. No es, precisamente, ser un monstruo, sino ser visto como tal.

SARA.—*No quieras decirme que eres un monstruo, capitán, mi capitán.*

GULLIVER.—Para las gentes de Lilibut, para las diminutas gentes de Lilibut, yo era un gigante. Para los gigantes de Brodinang yo era un enano. Para el país de los caballos, dominadores de hombres cerriles, yo era un ser monstruoso. Me gustaría no llegar a ser un monstruo para tí.

SARA.—*El amor no produce monstruos, amor mío. El odio es quien separa, quien llega hasta el endriago. ¡He leído tanto en tu ausencia, en tus ausencias! Hasta he leído los "Viajes de Gulliver".*

GULLIVER.—Es que tú no conoces a Gulliver.

SARA.—*Puedo hacer mucho más que conocerlo.*

GULLIVER.—¿Y es?

SARA.—*Amarlo.*

GULLIVER.—Soy un hombre sin dimensión, Sara. Entre lo enano, lo enorme y el relincho. ¿Te das cuenta, Sara, amor mío?

SARA.—*Me doy cuenta, pero no es bastante. Porque además, te quiero, Gulliver.*

GULLIVER.—He firmado un viaje.

SARA.—*¿Para dónde?*

GULLIVER.—Quizá a un país donde las gentes sean como yo. Donde los hombres sean como yo, y las mujeres sean como tú.

SARA.—*Prefiero los monstruos.*

GULLIVER.—Es como un destino. Mi mundo de monstruos continuará. Y eso es, precisamente, lo que me intriga. ¿Qué monstruos hallaré?

SARA.—*Cualquiera sabe.*

GULLIVER.—Me gustaría quedarme contigo.

SARA.—*Ya sé, el deber te lo impide. Lo malo del deber es que casi siempre nos obliga a hacer lo que queremos.*

GULLIVER.—Sara, no llores. Sabes que no puedo verte llorar.





SARA.—*Me han dicho...*

GULLIVER.—Sin lágrimas, Sara.

SARA.—*Me han dicho que tus viajes son mentira, que todo es falso. Que durante meses, y años, estás hospedado en otra parte, lejos de mí. Y que vuelves contando cosas que nunca sucedieron.*

GULLIVER.—No hagas caso.

SARA.—*¿Te irás?*

GULLIVER.—He firmado.

SARA.—*Has pasado por el país de los gigantes, por el país de los enanos, por el país de los caballos. ¿Qué puedes esperar?*

GULLIVER.—No lo sé.

SARA.—*Tienes una bella aventura, Gulliver.*

GULLIVER.—*¿Qué aventura?*

SARA.—*La de mi amor. Renuncia al viaje. También una mujer es un viaje.*

GULLIVER.—*¿Crees que debo quedarme?*

SARA.—*Eso es cosa tuya.*

GULLIVER.—Voy a quedarme, Sara. No sé hasta cuándo. Pero me quedaré.

SARA.—*¿No te embarcarás más?*

GULLIVER.—No lo sé.

SARA.—*Por lo menos te tendré conmigo algún tiempo.*

GULLIVER.—Me tendrás.

SARA.—*¿Quieres cenar?*

GULLIVER.—Claro que sí.

SARA.—*Vamos a la cocina, y hablaremos.*

GULLIVER.—*¡Ah, la cocina! ¡Ese misterio!*

SARA.—*¿Vamos?*

GULLIVER.—Bueno.

